



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1098

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 22 DE ABRIL DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Ougmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

¡HIPÓCRITA!

Mac-Kinley, el criminal amparador de los incendiarios de Cuba, el hombre infame que quiere ocultar sus ansias de latrocinio entre velos de cristiana caridad, el falso amigo con intenciones de judas y propósitos de asesino, el cobarde, que después de desangrarnos y empobrecernos intriga en nuestro daño con el innoble objeto de que nos sea imposible combatir, el aventurero sin conciencia, el ambicioso sin hartura, el bajo, el cínico, el provocador, el asqueroso Mac-Kinley, ha dado la orden de que comiencen las operaciones contra España, pero sujetando el mandante á una nueva hipocresía: á la prohibición de que participe de los norte-americanos el primer acto de hostilidad.

¿Qué busca el presidente de la Unión Americana por ese camino? ¿Una sombra de razón para eludir la responsabilidad de las presentes circunstancias? No la tendrá, no; porque el estado de guerra en que, tan sin querer, hemos caído, lo ha provocado su conducta falaz y traicionera, que primero fué falaz ó hipócrita y

ha terminado por ser desvergonzada.

La primera agresión ha sido suya; el primer ataque lo constituye el brutal ultimatum de ayer; desde el momento que fué rechazado con el desprecio que se merecen esas jaclancias de desvergonzado matón, no hay justificación de nada, ni otro camino para restablecer el derecho que el camino de la fuerza.

Con paciencia que parecía no tener límites por lo continuada, hemos accedido á todo lo que se nos ha pedido para no llegar á la situación presente; pero se nos pide lo imposible y no hemos querido oír la petición.

Inútilmente busca justificación a su conducta el presidente de la Unión Americana. El responsable de la guerra no puede serlo el que dispere el primer tiro, sino el que atropella derechos que la honra obliga á defender á cañonazos.

Mac-Kinley va á robarnos nuestra casa; para lograr su propósito ha metido la gancha en la cerradura y espera á que nos opongamos por la fuerza para justificar la razón del robo.

La teoría es digna del director de la cuadrilla que opera en el Capitolio.

Pero como es disolvente, se procurará destruirla á cañonazos, ya que la guardia civil internacional permanece impávida en presencia de ese crimen.

GLORIAS NACIONALES

Heróica defensa de Montellano.

22 de Abril de 1810.

Para castigar á los vecinos de Montellano por haberse opuesto á que en él penetrara, el 14 de Abril de 1810, una columna de 300 franceses, el día 22 del mismo mes y año presentaronse 1300

de estos, la mayor parte de caballería y todos mandados por el baron de Bonnemain, ante el mencionado pueblo, muy decididos á entrar en él y vengar el daño que sus habitantes hicieron á las tropas imperiales en el citado día 14.

Al ver llegar los vecinos la columna francesa aprestáronse nuevamente á la defensa, causando grandes destrozos desde los primeros momentos á los contrarios, quienes apelaron al supremo recurso, al ver la gran resistencia que hacían los vecinos, de incendiar la población.

Desde el campanario de la iglesia, la casa de D. José Romero, alcalde de la población, y algun que otro edificio que el fuego había respetado, la defensa continuaba heróica y corajuda.

Los montellanenses, en cuanto supieron que se acercaban las tropas francesas, enviaron propio á los pueblos cercanos, y á tan previsora idea debieron su salvación, pues Bonnemain tuvo que retirarse con gran prisa temeroso de las fuerzas que acudían en auxilio de aquellos bravos españoles.

En defensa de Montellano ocupa lugar glorioso el comportamiento del alcalde, á quien secundaron de modo heróico su esposa, doña Ana Dorado, un hijo de doce años, cinco hijas y su criado Antonio Arenilla.

Con este mixto é irregular ejército se defendió de todos los franceses que habían entrado en el pueblo, haciéndoles con su certera puntería horrible estrago; tanto, que los alrededores de la casa quedaron sembrados de cadáveres.

Creyendo los imperiales que allí había un núcleo importante de defensores y amedrentados por el daño que recibían, resolvieron derribar á cañonazos aquella casa, que el heroísmo había convertido en fortaleza inexpugnable; pero la proximidad de los españoles que iban en auxilio de Montellano les hizo desistir de su intento.

Cuando se retiraron los franceses aconsejaron los montellanenses á su bravo Alcalde que se trasladara con su familia al cercano pueblo de Algodonales; pero á las exhortaciones contestaba con estas palabras que la historia ha guardado: «Alcalde de esta villa, este es mi puesto». Por fin se le pudo convencer y abandonó los gloriosos escombros del pueblo que tanto quería y al que tan

denodadamente había defendido de las huestes napoleónicas.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

UN RECUERDO

Para que nuestros lectores conozcan la clase de marinos á quienes los barateros de la América del Norte han confiado la realización de sus planes ambiciosos, ahí va ese artículo que publica «El Correo Gallego» de Ferrol:

«El episodio que voy á recordar no es tan viejo que figure en las antiguas historias, ni tan moderno que se haya presenciado por la nueva generación. Ello fué en el año de 1865, durante la guerra separatista de los Estados Unidos, que la jóven América hizo pasar á los ojos de la vetusta Europa como una cuestión de humanidad, cuando se trataba de una disensión esencialmente mercantil.

Ocurrió, pues, que á principios de aquel año entró en la ría de Ferrol, con un rumbo de agua, el bergantín blindado «Stonewall», que era sudista confederado, librecambista ó como se le quiera llamar: las autoridades españolas se apresuraron á ofrecerle sus buenos servicios; y los obreros de nuestro Arsenal terminaron las obras de estancamiento el día 14 de Febrero. Ya no había motivo alguno para prolongar la permanencia, cuando, aun no corridas otras veinticuatro horas, arribó á bahía la fragata de guerra «Niágara», en compañía del «Sacramento»; estos dos buques eran federales ó proteccionistas; de modo que los ferrolanos presintieron una lucha á muerte entre tan irreconciliables enemigos.

Pero pasó un mes, y los confederados se contentaron con mirarse de reojo, sin decidirse á marobar. Por fin y con fecha 14 de Marzo salieron los federales y fueron á surgir en la ensenada de Carriño, en señal de reto: el comandante de «Stonewall» tuvo entonces un rasgo de ingenio, y reclamó por medio del cónsul la detención de los dos buques; y como era muy lógico, se le contestó por la Capitanía general que las leyes de beligerancia no permitían detener á un enemigo declarado. Esta comunicación, que tiene la fecha del 20, decidió

al confederado y anunció su salida: nuestra fragata de guerra «Concepción» se dispuso á escoltarle dentro de las aguas jurisdiccionales, para evitar el primer encuentro; y no fueron pocos los curiosos que se trasladaron á Montefaró y Monteventoso con objeto de presenciar el combate que se preparaba.

Levó, en efecto, el «Stonewall» el día 21, y levó la Concepción á las dos de la tarde: una hora despues se pusieron en movimiento el «Niágara» y su compañero; pero apenas se separó nuestra fragata, de las aguas neutrales, cuando el primero reviró desde el cabo Prioriño y volvió á encerrarse en bahía hacia las cinco de la tarde. Por su parte los federales siguieron navegando, no en dirección del Norte sino del Sur, y fueron á parar á la altura de la ría de Arcs; pero viendo sus comandantes que no eran seguidos, viraron también en redondo y volvieron á recalar en la Coruña. Los confederados dijeron que tenían mal tiempo para dirigirse al Norte y los federales que había tiempo contrario para poner el rumbo al Mediodía.

Dos días después, hacia las once de la mañana del 23, se decidió el «Stonewall» á dejar el fondeadero y salió en compañía de la «Concepción»: los federales dejaron al propio tiempo el puerto de la Coruña; y una vez entregados á su antigua enemistad, se decidió el primero por su surgidero del Ferrol, bajo el pretexto de tener una avería y se metieron los segundos en la rada de la Coruña. Desde este punto reclamó el agente consular de los Estados Unidos contra el capitán general del Departamento por las salidas y entradas del confederado; se le contestó exonerándolas con el tiempo reinante; pero como la chacota era general, decidióse el «Stonewall» á una verdadera hombrada.

La tercera salida tuvo lugar á las diez de la mañana del 24 y salió, poniendo proa al Norte.

Separado de la «Concepción» y fuera de las aguas jurisdiccionales, se mantuvo con mar en calma á unas diez millas de la costa.

Los federales dejaron la Coruña á las doce y enfilaron al «Stonewall»: éste les esperó bien dispuesto; y entonces el «Niágara» y el «Sacramento» pusieron

CARLOS II EL HECHIZADO

741

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 740

CARLOS II EL HECHIZADO

737

—Sí.
—¿Quién era esta mujer?
Ana pareció titubear un momento, pero conociendo que se trataba de un hecho importantísimo, contestó:
—La mariscal de Clerambaut.
—¿La mariscal de Clerambaut! exclamó Ernesto sorprendido; la conozco y no puedo menos de temblar. ¿Es una dama francesa?
—¡Oh! no sospechéis de ella.
—¿Pero cómo entró de noche en vuestra habitación, cuando esta casa se cierra al oscurecer?
—La mariscal me dijo que para evitar sospechas y persecuciones vendría á verme disfrazada. Así lo cumplió, subiendo por una escala á mi cuarto.
—¿Por una escala! ¡Dios mío! hé aquí el misterio.
—¿Dónde?
—Alguien subió por ella, Ana, y ese es quien se ha escañecido de vos. ¡Oh! decidme, ¿es verdad que la mariscal estaba con vos cuando caísteis desmayada?
—Sí.
—¿Quién os ha dicho, pues, que yo fui el que entré en vuestra estancia para cometer tan horrible maldad?
—¡Oh! ella.

Ernesto al concluir de hablar, estaba sublime, hermoso, brillante.
Había en su contristada fisonomía algo de divino que Ana comprendió, como el verdadero sello de su inocencia.
Corrió hacia él, y por uno de esos movimientos espontáneos que nacen del corazón, se arrojó á sus plantas de nuevo vertiendo copiosas lágrimas.
—¿Perdón!... ¡perdón! Ernesto, dijo con enérgica amargura; os he creído culpable sin serlo; tened piedad de una desgraciada que no ha cometido más crimen que acusaros injustamente.
—¡Oh! levantáos, contestó el jóven; nada debéis temer en lo sucesivo. Veré á vuestro hermano y os pediré por esposa. En seguida, para extinguir toda clase de sospechas, huiremos á un país extranjero... Pero antes es menester que sepamos quién ha sido el infame que así ha abusado de vos.
—¿Pero cómo?...
—Vais á contestarme, Ana; acaso dependa de esto el saberlo.
—Haré lo que me mandéis.
—Bien, prosiguió Monte-azul, ¿no me habéis dicho que una mujer generosa y magnánima, son vuestras mismas palabras, fue á vuestra habitación á daros noticia de vuestros hermanos?

—Hé aquí, continuó, el resultado de vuestra violencia, caballero. Vuestro secreto, lejos de permanecer oculto, va á patentizar á los ojos de la sociedad y á proclamar la deshonra de una desgraciada. Dentro de algún tiempo las consecuencias de aquel acto no podrán permanecer en el misterio. Ya lo sabéis... Llevo en mi seno el fruto de vuestro crimen; ya no puedo ser la esposa de Millán Pantoja, mi nombre manchado y envilecido no puede manchar á otro. Ved, pues, por lo que os he llamado. Voy á ser madre, Ernesto; si no os amase con toda la fuerza de mi alma; si vuestra imagen no permaneciese á pesar de vuestra acción grabada en mi pecho, me bastaría una palabra para provocar una venganza que rechazo. Mi hijo es antes que todo... Reconoced vuestra falta y tengamos la fortaleza consiguiente para desarmar el furor de mi hermano. Oid los gritos de vuestra sangre; dad un padre al hijo desventurado que crece dentro de mí misma; no permitid que lleve el sello maldito del pecado ó de la bastardía... piedad, no para mí, sino para él... para vuestro hijo.
Ana cayó delante de Ernesto, arrastrándose de rodillas; abrazando las piernas del jóven, regañaba suelo con abundantes lágrimas.
Había en sus voces, en sus ademanes, en sus es-